

A continuación encontrarás una muestra del libro  
«El Credo de los Apóstoles» del autor A. W. Tozer.

Puedes adquirir el libro aquí:  
<https://www.editorialunilit.com/el-credo-de-los-apostoles>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros  
por el correo [info@editorialunilit.com](mailto:info@editorialunilit.com)



CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO,  
CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA,  
Y EN JESUCRISTO SU ÚNICO HIJO,  
SEÑOR NUESTRO QUE FUE CONCEBIDO  
DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIÓ DE LA  
VIRGEN MARÍA: PASÓ BAJO EL  
PODER DE LA CRUCIFIXIÓN, FUE  
CRUCIFICADO, MUERTO Y ENTERRADO;  
DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS; AL  
TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS  
MUERTOS: SUBIÓ AL CIELO, Y ESTÁ  
SENTADO A LA DIERA DE DIOS  
PADRE TODOPODEROSO. DESDE ALLÍ  
VENDRÁ A JUZGAR A LOS VIVOS Y A  
LOS MUERTOS. CREO EN EL ESPÍRITU  
SANTO: LA SANTA IGLESIA  
UNIVERSAL; LA COMUNIÓN DE LOS  
SANTOS: EL PEDÓN DE LOS  
PECADOS: LA CORRECCIÓN DEL  
CUERPO, Y LA VIDA ETERNA. AMÉN.

# el Credo de los Apóstoles

A. W.

TOZER

Compilación de Kevin Mungons



# CONTENIDO

Prefacio: El Credo de Tozer	11
Prólogo: Por qué los credos son todavía importantes hoy	15
Primera parte: El Credo	
<b>1. DIOS PADRE</b>	<b>21</b>
<i>Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra</i>	
<b>2. JESUCRISTO</b>	<b>35</b>
<i>Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro</i>	
<b>3. ESPÍRITU SANTO</b>	<b>49</b>
<i>Que fue concebido del Espíritu Santo, nació de la virgen María</i>	
<b>4. CRUCIFICADO</b>	<b>63</b>
<i>Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; Descendió a los infiernos</i>	
<b>5. RESUCITÓ Y SUBIÓ</b>	<b>79</b>
<i>Al tercer día resucitó de entre los muertos: Subió al cielo, Y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso</i>	
<b>6. VENIDA</b>	<b>89</b>
<i>Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos</i>	

<b>7. LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA</b>	101
<i>Creo en el Espíritu Santo: La santa iglesia universal; La comunión de los santos</i>	
<b>8. PERDÓN</b>	111
<i>El perdón de los pecados</i>	
<b>9. ETERNIDAD</b>	125
<i>La resurrección del cuerpo, y la vida eterna. Amén.</i>	
Segunda parte: Vivir el Credo	
<b>10. SEAMOS HUMILDES CON NUESTRA ORTODOXIA</b>	133
<b>11. CONECTEMOS NUESTROS CREDOS CON NUESTRAS ACCIONES</b>	139
<b>12. LA DOCTRINA EN EL TRABAJO Y EN LOS LUGARES A LOS QUE SE VA</b>	145
Fuentes	155

Los primeros cristianos, bajo el fuego de la persecución,  
expulsados de un lugar a otro,  
privados a veces de la oportunidad  
de recibir una cuidadosa instrucción en la fe,  
querían una «regla» que resumiera todo  
lo que debían creer para asegurar su bienestar eterno.

De esta necesidad crítica surgieron los credos.

De muchos, el Credo de los apóstoles

es el más conocido y amado,

y se ha repetido con reverencia

por el mayor número de creyentes

a través de los siglos.

A. W. Tozer

## EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

CREO en Dios Padre Todopoderoso,  
creador del cielo y de la tierra,  
Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro;  
Que fue concebido del Espíritu Santo,  
Nació de la virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilato;  
fue crucificado, muerto y sepultado;  
Descendió a los infiernos;  
Al tercer día resucitó de entre los muertos;  
Subió al cielo,  
Y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso,  
Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.  
Creo en el Espíritu Santo;  
La santa iglesia universal; la comunión de los santos;  
El perdón de los pecados; la resurrección del cuerpo;  
Y la vida eterna. Amén.

prólogo

# POR QUÉ LOS CREDOS SON TODAVÍA IMPORTANTES HOY

Entre ciertos cristianos se ha puesto de moda menospreciar el credo y exaltar la experiencia como la única prueba verdadera del cristianismo. La expresión «No credo, sino Cristo» (tomada, creo, de un poema de John Oxenham) se ha aceptado en gran medida como la voz misma de la verdad y se le ha dado un lugar junto a los escritos de los profetas y apóstoles.

La primera vez que escuché estas palabras, me parecieron buenas. De estas se desprendía la idea de que los defensores del credo sin credo habían encontrado un secreto precioso que el resto de nosotros habíamos pasado por alto; que habían conseguido atravesar la jerga del cristianismo histórico y venir directamente a Cristo sin preocuparse por la doctrina. Y las palabras

parecían honrar más a la perfección a nuestro Señor al centrar la atención solo en Él y no en simples palabras. Sin embargo, ¿esto es cierto? Creo que no.

En este credo sin credo hay, en realidad, unos pocos granos de verdad real, pero no tantos como imaginan los defensores del credo sin credo. Y esos pocos están enterrados bajo un enorme montón de paja, algo que la gente sin credo no puede imaginar en absoluto.

Lo cierto es que siento una gran simpatía por los creyentes sin credo, pues me doy cuenta de que protestan contra la sustitución de un credo muerto por un Cristo vivo; y en esto me les uno de todo corazón. No obstante, esta antítesis no tiene por qué existir; no hay razón para que nuestros credos estén muertos, como tampoco la hay para que nuestra fe esté muerta. Santiago nos dice que existe la fe muerta, pero no rechazamos toda fe por esa razón.

Ahora bien, la verdad es que el credo está implícito en cada pensamiento, palabra o acto de la vida cristiana. Es del todo imposible venir a Cristo sin saber al menos algo acerca de Él; y lo

*El credo está implícito en cada pensamiento, palabra o acto de la vida cristiana [...]. Es imposible creer en Cristo y no tener un credo.*

que sabemos de Él es lo que creemos de Él; y lo que creemos acerca de Él es nuestro credo cristiano. Dicho de otro modo, dado que nuestro credo es lo que creemos, es imposible creer en Cristo y no tener un credo.

En general, predicar a Cristo se considera, y con razón, que es el ministerio más puro y noble al que un hombre puede dedicarse; pero predicar a Cristo incluye mucho más que hablar de Cristo en superlativos. Significa más que dar rienda suelta al amor religioso que quien predica siente por la persona



de Cristo. El amor resplandeciente por Cristo dará fragancia y vehemencia a cualquier sermón, pero no es suficiente aún. El amor debe ser inteligente e informado, a fin de que tenga algún significado permanente. El sermón eficaz debe tener contenido intelectual, y donde hay intelecto hay credo. No puede ser de otra manera.

Con esto no pretendo defender el uso de los credos históricos en nuestras reuniones cristianas. Me doy cuenta de que es posible recitar a la perfección el Credo de los Apóstoles cada domingo durante toda la vida sin ningún provecho para el alma. El Credo Niceno puede decirse o cantarse en cada servicio sin beneficiar a nadie. Los credos estándar son un resumen de lo que el cristiano profesa creer, y son excelentes hasta donde llegan, pero pueden aprenderse de memoria y repetirse sin convicción y, por lo tanto, resultar obsoletos e inútiles por completo.

Aunque podemos rendir culto (y miles de cristianos lo hacen) sin utilizar ningún credo formal, es imposible hacerlo de manera aceptable sin algún conocimiento de Aquel a quien procuramos adorar. Y ese conocimiento es nuestro credo, esté o no muy formalizado. No basta con decir que podemos tener una experiencia mística o numinosa de Dios sin ningún conocimiento doctrinal y eso es suficiente. No, no es suficiente. Debemos adorar tanto en verdad como en espíritu; y la verdad puede enunciarse, y cuando se enuncia, se convierte en credo.

El esfuerzo de ser cristianos practicantes sin saber de qué se trata el cristianismo debe fracasar siempre. El verdadero cristiano debería ser, y de hecho debe ser, un teólogo. Debe conocer al menos algo de la riqueza de la verdad revelada en las Sagradas Escrituras. Y debe conocerlas con suficiente claridad como para

exponerlas y defenderlas. Y lo que se puede afirmar y defender es un credo.

Debido a que el corazón de la vida cristiana es de seguro la fe en una Persona, Jesucristo el Señor, ha sido bastante fácil para algunos exagerar la verdad de manera desproporcionada y enseñar que la fe en la persona de Cristo es lo único que importa. No importa quién es Jesús, quién fue su Padre, si Jesús es Dios u hombre o ambos, si aceptó o no las supersticiones y errores de su tiempo como verdaderos, si en realidad resucitó después de su pasión o si solo sus devotos seguidores pensaron que así fue, estas cosas no son importantes, dicen los defensores del no credo. Lo que es vital es que creamos en Él y tratemos de seguir sus enseñanzas.

Lo que aquí se pasa por alto es que el conflicto de Cristo con los fariseos fue por la cuestión de *quién era Él*. Su afirmación de ser Dios provocó la furia de los fariseos. Podría haber calmado el fuego de su ira retractándose de su afirmación de ser igual a Dios, pero se negó a hacerlo. Y, además, enseñó que la fe en Él abarcaba la creencia de que Él es Dios mismo, y que aparte de esto no podría haber salvación para nadie. «Les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis» (Juan 8:23-24).

Creer en Cristo de manera salvadora significa creer la verdad acerca de Él. No hay escapatoria.

C R E O   E N   D I O S   P A D R E   T O D O P O D E R O S O ,  
C R E A D O R   D E L   C I E L O   Y   D E   L A   T I E R R A ,  
Y   E N   J E S U C R I S T O ,   S U   Ú N I C O   H I J O ,  
S E Ñ O R   N U E S T R O ;   Q U E   F U E   C O N C E B I D O  
D E L  
V I R G  
P O D E  
C R U C  
D E S C  
T E R C  
M U E R  
S E N T  
P A D R  
V E N D  
L O S  
S A N T O :  
U N I V E R S A L ;  
S A N T O S :  
P E C A D O S :  
C U E R P O ,   Y   L A   V I D A   E T E R N A .   A M É N .

primera parte

# EL CREDO

# DIOS PADRE

*Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra*

No puede haber tema más central e importante que el carácter de Dios. Si rastreamos el efecto hasta la causa, y esa causa hasta otra causa, y así sucesivamente a través de los largos y oscuros corredores del pasado hasta llegar al átomo primordial a partir del cual se hicieron todas las cosas, encontraremos a Aquel que las hizo: encontraremos a Dios.

Dios está detrás de toda materia anterior, de toda vida, de toda ley, de todo espacio y de todo tiempo. Dios le da a la vida humana su único significado; no hay ningún otro aparte de Él. Si sacamos el concepto de Dios de la mente humana, no hay otra razón para estar entre los vivos. Somos, como dijo Tennyson, semejantes a «ovejas o cabras / Que alimentan una vida ciega dentro del cerebro». Y bien podríamos morir como ovejas a menos que tengamos a Dios en nuestros pensamientos.

Dios es la fuente de toda ley, moralidad y bondad, Aquel en quien debes creer antes de poder negarle, Aquel que es la Palabra y Aquel que nos permite hablar. Estoy seguro de que veremos

enseguida que, al intentar una serie de mensajes sobre los atributos de Dios, nos encontraremos con lo que es difícil por encima de todas las cosas.

El famoso predicador Sam Jones (que era un Billy Sunday antes de la época de Billy Sunday) dijo que cuando el predicador promedio toma un texto, le recuerda a un insecto que intenta llevar una paca de algodón. Y cuando tomo mi texto y trato de hablar de Dios, me siento como ese insecto; solo Dios puede ayudarme.

John Milton comenzó a escribir un libro sobre la caída del hombre y su restauración por medio de Jesucristo nuestro Señor. Iba a titular su libro *El paraíso perdido*. Sin embargo, antes de atreverse a escribirlo, hizo una oración que yo también quiero hacer. Oró al Espíritu y dijo:

*Y ante todo tú, oh Espíritu, que estimas  
A corazones puros más que a templos,  
Instrúyeme.*

Me gustaría decir, sin ningún intento de humildad morbosa, que sin un corazón puro y una mente rendida, ningún hombre puede predicar de manera digna acerca de Dios y ningún hombre puede escuchar de la misma manera. Ningún hombre puede escuchar estas cosas a menos que Dios lo toque y lo ilumine. Y, entonces, Milton dijo:

*Instrúyeme, pues sabes; [...]*  
*Lo oscuro que hay en mí,*  
*Ilumina. Levanta lo que es bajo;*  
*Para que hasta el final de este gran argumento*

*Defienda yo a la eterna providencia,  
Y avale el plan de Dios para los hombres.*

¿Quién puede hablar de los atributos de Dios (su existencia propia, su omnisciencia, su omnipotencia, su trascendencia, etc.) y hacerlo de manera digna? ¿Quién es capaz de algo así? Yo no lo soy. Así que solo me queda esta esperanza: Como la pobre asna reprendió la locura del profeta y como el gallo cantó una noche para despertar al apóstol y llevarlo al arrepentimiento, así Dios me tome y me use. Así como Jesús entró en Jerusalén a lomos de un burrito, así oro para que Él esté dispuesto a cabalgar delante del pueblo sobre un instrumento tan indigno como yo.

Es del todo necesario que conozcamos a este Dios, a este de quien Juan escribió, a este de quien habla el poeta, a este de quien habla la teología y a este de quien nos envían a predicar y enseñar. Es necesario de modo absoluto, total y crítico que lo conozcamos, pues como ven, el hombre cayó cuando perdió su recto concepto de Dios.

Mientras el hombre confiaba en Dios, todo iba bien; los seres humanos eran sanos y santos (o al menos inocentes), y puros y buenos. Sin embargo, en ese momento llegó el diablo y puso un signo de interrogación en la mente de la mujer: «Y dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho [...]?» (Génesis 3:1, LBLA). Esto equivalía a escabullirse a espaldas de Dios y poner en duda su bondad. Y entonces comenzó la degeneración progresiva descendente.

Cuando el conocimiento de Dios comenzó a salir de la mente de los hombres, nos metimos en el aprieto en el que estamos ahora:

Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen. (Romanos 1:21-28)

Ese primer capítulo de Romanos termina con una terrible acusación de injusticia, fornicación, maldad, codicia, malicia y toda la larga y negra lista de crímenes y pecados de los que el hombre ha sido culpable.

Todo eso sucedió debido a que el hombre perdió su confianza en Dios. No conocía el carácter de Dios. No sabía qué clase de Dios era Dios. Se confundió mucho acerca de cómo era Dios. Ahora el único camino de regreso es el de restaurar la confianza

en Dios. Y la única manera de restaurar la confianza en Dios es restaurar el conocimiento de Dios.

Esto lo vemos en el texto: «Y en ti confiarán los que conocen tu *nombre*» (Salmo 9:10). La palabra nombre significa carácter, además de reputación. «Y los que saben *qué clase de Dios eres*, pondrán su confianza en ti». Nos preguntamos por qué no tenemos fe; la respuesta es que la fe es confianza en el carácter de Dios, y si no sabemos qué clase de Dios es Dios, no podemos tener fe.

Leemos libros sobre Jorge Müller y otros, y tratamos de tener fe. Sin embargo, olvidamos que la fe es confianza en el carácter de Dios. Y como no somos conscientes de qué clase de Dios es Dios ni cómo es Dios, no podemos tener fe. Y entonces luchamos, aguardamos y esperamos contra toda esperanza. En cambio, la fe no viene debido a que no conocemos el carácter de Dios. «Los que saben cómo eres, pondrán su confianza en ti». Es automático: surge con naturalidad cuando sabemos qué clase de Dios es Dios.

Voy a darte un informe sobre el carácter de Dios, a fin de decirte cómo es Dios. Y si escuchas con una mente digna, descubrirás que brotará la fe. La ignorancia y la incredulidad derriban la fe, pero un conocimiento restaurado de Dios hará que la fe aumente. No creo que haya habido un momento en la historia del mundo en el que necesitaríamos un conocimiento restaurado de Dios más de lo que lo necesitamos ahora. Los cristianos creyentes en la Biblia han logrado grandes avances en los últimos cuarenta años. Ahora tenemos más Biblias que nunca; la Biblia es un éxito de ventas. Tenemos más escuelas bíblicas que nunca en la historia del mundo. Todo el tiempo salen en masa millones de toneladas de literatura evangélica. Ahora hay más misiones de



las que sabemos qué hacer con ellas. Y la evangelización está en un nivel muy, muy alto en la actualidad. Y ahora, lo creas o no, más personas van a la iglesia que nunca antes.

Ahora bien, todo eso tiene algo a su favor, de eso no hay duda. Sin embargo, ya sabes, un hombre puede saber al final del año cómo se encuentra su negocio equilibrando sus pérdidas con sus ganancias. Y si bien puede obtener algunas ganancias, si tiene demasiadas pérdidas, estará fuera del negocio al año siguiente.

Muchas de las iglesias evangélicas han logrado algunos avances en los últimos años, pero también hemos sufrido una gran pérdida central: nuestro elevado concepto de Dios. El cristianismo se eleva como un águila y vuela por encima de todas las cumbres de todas las religiones del mundo, sobre todo por su elevado concepto de Dios, que nos fue dado en la revelación divina y por la venida del Hijo de Dios para hacerse carne y habitar entre nosotros. El cristianismo, la gran Iglesia, ha vivido durante siglos del carácter de Dios. Ha predicado a Dios, ha orado a Dios, ha declarado a Dios, ha honrado a Dios, ha ensalzado a Dios, ha dado testimonio de Dios, el Dios trino.

Sin embargo, en los últimos tiempos se ha sufrido una pérdida. Hemos sufrido la pérdida de ese alto concepto de Dios, y el concepto de Dios que maneja la iglesia evangélica promedio ahora es tan bajo que es indigno de Dios y una vergüenza para la iglesia. Por negligencia, error degenerado y ceguera espiritual es que algunos dicen que Dios es su «socio» o «el hombre de arriba». Una universidad cristiana publicó un folleto titulado «Cristo es mi mariscal de campo»: Siempre elige la jugada adecuada. Y se citó a cierto hombre de negocios que dijo: «Dios es un buen hombre y me agrada».

No hay un solo musulmán vivo en el mundo que se rebaje a llamar a Dios «buen hombre». No hay judío, al menos ningún judío que crea en su religión, que se atreva a referirse de esa manera al gran Yahvé, el Único con el nombre incommunicable. Hablan de Dios con respeto y reverencia. Sin embargo, en las iglesias evangélicas, Dios es un «mariscal de campo» y un «buen hombre».

A veces me dan deseos de abandonar mucho de lo que pasa por cristianismo. Hablan de la oración como «reunirse con Dios», como si Dios fuera el entrenador o el mariscal de campo o algo así; todos se reúnen alrededor, Dios da la señal y se van. ¡Qué abominación más absurda! Cuando los romanos sacrificaron una cerda en el altar de Jerusalén, no cometieron nada más espantoso que cuando arrastramos al santo, santo, santo Dios hacia abajo y lo convertimos en un Papá Noel barato que podemos usar para conseguir lo que queremos.

El cristianismo ha perdido su dignidad. Y nunca la recuperaremos a menos que conozcamos al digno Dios Santo, que cabalga sobre las alas del viento y hace de las nubes sus carros. Hemos perdido el concepto de majestad y el arte de la adoración. Recibí una carta de mi buen amigo Stacy Woods, quien hasta hace poco fue director de Inter-Varsity. Y dijo esto en las últimas líneas de su carta: «La iglesia se está alejando de la adoración. Me pregunto si se debe a que nos estamos alejando de Dios». Creo que tiene razón y creo que esa es la respuesta.

Y entonces nuestra religión ha perdido su interioridad. Debido a que el cristianismo, en todo caso, es una religión interior. Jesús dijo que debemos adorar en espíritu y en verdad. Y, sin embargo, lo hemos perdido, pues hemos perdido el concepto de deidad que lo hace posible. Aunque nos hemos aferrado a nuestra

Biblia Scofield y todavía creemos en las siete doctrinas principales de la fe fundamental, hemos perdido el asombro, la maravilla, el temor y el deleite. ¿Por qué? Porque hemos perdido a Dios, o al menos hemos perdido nuestro alto y elevado concepto de Dios, el único concepto de Dios que Él honra.

Y así, todos los logros que hemos conseguido han sido externos: Biblias y escuelas bíblicas; libros, revistas y mensajes de radio; misiones y evangelización; números y nuevas iglesias. Y todas las pérdidas que hemos sufrido han sido internas: la pérdida de dignidad, adoración y majestad, de interioridad, de la presencia de Dios, de temor y deleite espiritual.

Si solo hemos perdido lo interior y solo hemos ganado lo exterior, me pregunto si hemos ganado algo. Me pregunto si no estamos ahora en un mal estado. Creo que lo estamos. Creo que nuestras iglesias evangélicas, nuestro cristianismo, son débiles y anémicas, sin contenido reflexivo, de tono frívolo y de espíritu mundano.

Y creo que necesitamos con urgencia una reforma que recupere a la iglesia. Deje de usar la palabra avivamiento, pues necesitamos más que un avivamiento. Cuando el gran avivamiento galés llegó al pequeño país de Gales a principios de siglo, el Espíritu Santo tenía algo con lo que trabajar. La gente creía en Dios y su concepto de Dios era elevado. Sin embargo, debido a que la iglesia ha perdido su elevado concepto de Dios y ya no sabe cómo es Dios, su religión es débil y anémica, frívola, mundana y barata.

Compara la predicación de la iglesia actual con la de los profetas hebreos, o incluso con la de hombres como Charles Finney, si te atreves a hacerlo. ¡Cuán serios eran estos hombres de Dios! Eran hombres del cielo que vinieron a la tierra para hablarles a los hombres. Así como Moisés descendió del monte con su

rostro resplandeciente para hablarles a los hombres, así salieron los profetas y predicadores a lo largo de los años. Eran hombres de mentalidad seria, hombres solemnes, de tono elevado y llenos de sustancia de pensamiento y teología.

Hoy, en cambio, la predicación es en gran parte barata, frívola, tosca, superficial y entretenida. Nosotros en las iglesias evangélicas pensamos que tenemos que entretener a la gente o no volverán. Hemos perdido la seriedad de nuestra predicación y nos hemos vuelto tontos. Hemos perdido la solemnidad y nos hemos vuelto intrépidos. Hemos perdido la altivez y nos hemos vuelto toscos y superficiales. Hemos perdido la sustancia y nos hemos convertido en artistas. Esto es algo trágico y terrible.

Compara las lecturas cristianas y sabrás que estamos más o menos en la misma situación. Todos los alemanes, escoceses, irlandeses, galeses, ingleses, estadounidenses y canadienses tienen una herencia protestante común. ¿Y qué leyeron estos antepasados protestantes tuyos y míos? Bueno, leyeron *The Rise and Progress of Religion in the Soul* [El ascenso y progreso de la religión en el alma] de Doddridge. Leyeron *Reflexiones sobre vivir y morir* de Taylor. Leyeron *El progreso del peregrino* y *La guerra santa* de Bunyan. Leyeron *El paraíso perdido* de Milton. Leyeron los sermones de John Flavel.

Tengo un viejo himnario metodista que salió de la imprenta hace muchos años, y encontré allí cuarenta y nueve himnos sobre los atributos de Dios. He oído decir que no deberíamos cantar himnos con tanta teología, pues la mente de la gente ahora es diferente. Ahora pensamos diferente. ¿Sabías que esos himnos metodistas los cantaban sobre todo personas sin educación? Eran agricultores, pastores de ovejas y ganaderos, mineros del

carbón y herreros, carpinteros y recolectores de algodón: gente sencilla de todo este continente. Cantaban esas canciones. Hay más de mil cien himnos en ese himnario mío y no hay ninguno malo en todo el grupo.

Y, hoy en día, ni siquiera hablaré de algunas de las terribles tonterías que cantamos. Este trágico y aterrador declive en el estado espiritual de las iglesias se ha producido como resultado de nuestro olvido de qué clase de Dios es Dios. Hemos perdido la visión de la Majestad en lo alto. He estado leyendo el libro de Ezequiel durante las últimas semanas, leyendo despacio y relejendo, y acabo de llegar a ese pasaje terrible, aterrador y espantoso donde la *Shekiná*, la resplandeciente presencia de Dios, se eleva de entre las alas del querubín, va al altar, se eleva del altar, va a la puerta, y se escucha el sonido del batir de alas (Ezequiel 10:4-5). Y luego la presencia de Dios va desde la puerta al atrio exterior (vv. 18-19), y desde el atrio exterior al monte (Ezequiel 11:23), y del monte a la gloria.

Y nunca ha vuelto atrás, excepto cuando se encarnó en Jesucristo cuando caminó entre nosotros. Sin embargo, la gloria *Shekiná* que siguió a Israel durante todos esos años, que resplandecía sobre el campamento, desapareció. Dios no podía soportarlo más, así que sacó su Majestad, su gloria *Shekiná*, y abandonó el templo. Y me pregunto cuántas iglesias evangélicas, por su frivolidad, superficialidad, tosquedad y mundanalidad, han contristado al Espíritu Santo hasta que se retira en un doloroso silencio. Debemos ver a Dios de nuevo; debemos sentir a Dios de nuevo; debemos conocer a Dios de nuevo; debemos escuchar a Dios de nuevo. Nada menos que esto nos salvará.

Espero que oren y sean dignos de escuchar esto, y que yo sea digno de hablar acerca de Dios, del Dios trino, el Padre, el Hijo

y el Espíritu Santo, de cómo es Él. Si podemos restaurar de nuevo el conocimiento de Dios entre los hombres, podemos ayudar de alguna pequeña manera a lograr una reforma que restaurará a Dios de nuevo entre los hombres. Quiero meditar sobre estas palabras de Frederick Faber:

*Plena de gloria, plena de maravillas, ¡Divina majestad!  
En medio de ti los truenos eternos, cuán brillantes son tus relámpagos.  
¡Ilimitado océano! ¿Quién te podrá sondear?  
Tu propia eternidad te rodea, ¡Divina majestad!*

Una hora con la majestad de Dios valdría más para ti ahora y en la eternidad que todos los predicadores, incluyéndome a mí, que alguna vez se levantaron para abrir su Biblia. Quiero una visión de la majestad de Dios, no como dice esa canción: «un destello pasajero». No, no quiero nada pasajero, ¡quiero que el destello de majestad y maravilla sea permanente! Quiero vivir donde el rostro de Dios resplandezca todos los días. Ningún niño dice: «Mamá, déjame ver tu rostro por un tiempo». El niño quiere estar en un lugar donde en cualquier minuto de cada hora pueda levantar la vista y ver el rostro de su madre.

*Sin tiempo, sin espacio, solo, solitario,  
Sin embargo, sublimemente Tres,  
Tú eres grandiosamente, siempre, uno solo  
¡Dios en Unidad!  
Solitario en grandeza, solitario en gloria,  
¿Quién contará tu maravillosa historia,  
Imponente Trinidad?*

*Esplendores sobre esplendores radiantes,  
Cambian y se entrelazan;  
¡Glorias sobre glorias que irradian  
Todo translúcido resplandor!  
Bendiciones, alabanzas, adoraciones,  
Te saludan desde las naciones que se estremecen,  
¡Majestad Divina!*

Este es el día del hombre común y corriente, y no solo nos hemos vuelto todos de esa manera, sino que hemos arrastrado a Dios a nuestro nivel mediocre. Lo que necesitamos con tanta urgencia es un concepto elevado de Dios. Tal vez mediante la predicación fiel y la oración, y por medio del Espíritu Santo, podamos ver los «esplendores sobre esplendores radiantes, cambian y se entrelazan». Tal vez podamos ver «¡Glorias sobre glorias que irradian todo translúcido resplandor!». A Dios podemos darle «bendiciones, alabanzas, adoraciones» que «te saludan desde las naciones que se estremecen, ¡Majestad Divina!».